

**G E N T L E
N O R M A L**



**S A L L Y
R O O N E Y**

Después de *Conversaciones entre amigos*, Sally Rooney vuelve a deslumbrarnos con una historia sobre la fascinación mutua entre dos personas que no consiguen encontrarse.

Marianne y Connell son compañeros de instituto pero no se cruzan palabra. Él es uno de los populares y ella, una chica solitaria que ha aprendido a mantenerse alejada del resto de la gente. Todos saben que Marianne vive en una mansión y que la madre de Connell se encarga de su limpieza, pero nadie imagina que cada tarde los dos jóvenes coinciden. Uno de esos días, una conversación torpe dará comienzo a una relación que podría cambiar sus vidas.

Gente normal es una historia de fascinación mutua, de amistad y de amor entre dos personas que no consiguen encontrarse, una reflexión sobre la dificultad de cambiar quienes somos. La segunda novela de Sally Rooney acompaña durante años a dos protagonistas magnéticos y complejos, dos jóvenes que llegamos a entender hasta en su contradicción más sonada y en sus más graves malentendidos. Esta es una historia agridulce que muestra como nos conforman el sexo y el poder, el deseo de herir y ser herido, de amar y ser amado. Nuestras relaciones son una conversación a lo largo del tiempo. Nuestros silencios, lo que las define.

Ganador del Costa Novel Award.

Ganador del Irish Novel of the Year.

Finalista del Man Booker Prize.

Finalista del Women's Prize for Fiction.

Índice de contenido

Cubierta

Gente normal

ENERO DE 2011

Tres semanas más tarde (FEBRERO DE 2011)

Un mes más tarde (MARZO DE 2011)

Seis semanas más tarde (ABRIL DE 2011)

Dos días más tarde (ABRIL DE 2011)

Cuatro meses más tarde (AGOSTO DE 2011)

Tres meses más tarde (NOVIEMBRE DE 2011)

Tres meses más tarde (FEBRERO DE 2012)

Dos meses más tarde (ABRIL DE 2012)

Tres meses más tarde (JULIO DE 2012)

Seis semanas más tarde (SEPTIEMBRE DE 2012)

Cuatro meses más tarde (ENERO DE 2013)

Seis meses más tarde (JULIO DE 2013)

Cinco meses más tarde (DICIEMBRE DE 2013)

Tres meses más tarde (MARZO DE 2014)

Cuatro meses más tarde (JULIO DE 2014)

Cinco minutos más tarde (JULIO DE 2014)

Siete meses más tarde (FEBRERO DE 2015)

Agradecimientos

Sobre el autor

Uno de los secretos en ese cambio de disposición mental que ha venido apropiadamente en llamarse conversión es que para muchos entre nosotros ni el cielo ni la tierra contienen revelación alguna hasta que cierta personalidad toca la suya con su influencia particular y los torna receptivos

GEORDE ELIOT, *Daniel Deronda*

ENERO DE 2011

Marianne abre la puerta cuando Connell llama al timbre. Va todavía con el uniforme del instituto, pero se ha quitado el suéter, así que lleva solo la blusa y la falda, sin zapatos, solo las medias.

Ah, hola, dice él.

Pasa.

Marianne da la vuelta y echa a andar por el pasillo. Él cierra la puerta y la sigue. Bajan los escalones que dan a la cocina; la madre de Connell, Lorraine, se está quitando un par de guantes de goma. Marianne se sienta de un brinco en la encimera y coge un tarro abierto de crema de cacao, en el que había dejado clavada una cucharilla.

Marianne me estaba contando que hoy os han dado los resultados de los exámenes de prueba, dice Lorraine.

Nos han dado los de lengua, dice él. Vienen por separado. ¿Quieres ir tirando?

Lorraine dobla los guantes de goma con cuidado y los vuelve a guardar debajo del fregadero. Luego comienza a quitarse las horquillas del pelo. A Connell le parece que eso es algo que podría hacer en el coche.

Y me han dicho que te ha ido muy bien, dice Lorraine.

El primero de la clase, apunta Marianne.

Sí, dice Connell. A Marianne también le ha ido bastante bien. ¿Nos vamos ya?

Lorraine hace un alto en el desanudado del delantal.

No sabía yo que tuviéramos prisa.

Connell se mete las manos en los bolsillos y reprime un suspiro irritado, pero lo reprime con una inspiración tan audible que sigue sonando como un suspiro.

Solo tengo que ir un momento a sacar una tanda de ropa de la secadora, dice Lorraine. Y luego nos vamos. ¿Vale?

Él no dice nada, solo agacha la cabeza mientras Lorraine sale de la cocina

¿Quieres un poco?, pregunta Marianne.

Le está ofreciendo el tarro de crema de cacao. Él hunde las manos un poco más en los bolsillos, como si estuviese intentando meter su cuerpo entero ahí dentro.

No, gracias.

¿Te han dado las notas de francés hoy?

Ayer.

Apoya la espalda en la nevera y mira cómo ella lame la cucharilla. En clase, Marianne y él hacen como si no se conociesen. La gente sabe que Marianne vive en la mansión blanca con el caminito de entrada, y que la madre de Connell es limpiadora, pero nadie conoce la vinculación particular entre ambos hechos.

He sacado un A1, dice él. ¿Qué has sacado tú en alemán?

Un A1, responde ella. ¿Me estás fardando?

Vas a sacar un 600, ¿verdad?

Marianne se encoge de hombros.

Tú seguramente también.

Bueno, tú eres más inteligente que yo.

No te sientas mal. Soy más inteligente que todo el mundo.

Está sonriendo. Marianne practica un abierto desprecio por la gente del instituto. No tiene amigos, y se pasa la hora de la comida sola, leyendo novelas. Muchos la odian con ganas. Su padre murió cuando ella tenía trece años, y Connell ha oído por ahí que ahora tiene una enfermedad mental o algo. Es cierto que es la persona más inteligente del

instituto. Le da pavor estar solo así con ella, pero también se descubre fantaseando con cosas que podría decir para impresionarla.

No eres la primera de la clase en lengua, señala él.

Marianne se lame los dientes, tan campante.

A lo mejor me tendrías que dar clases particulares, Connell.

Él nota cómo le arden las orejas. Seguramente ella habla por hablar y no hay ninguna insinuación ahí, pero si se estuviese insinuando sería solo para rebajarlo a él por asociación, dado que a Marianne se la considera objeto de asco. Lleva unos zapatones planos feísimos, de suela gorda, y no se maquilla. Hay gente que dice que no se depila las piernas siquiera. A Connell le llegó una vez que Marianne se había echado helado de chocolate por encima en el comedor del instituto, y que fue al lavabo de chicas, se quitó la blusa y la limpió en el lavamanos. Era una historia bastante conocida, todo el mundo la había oído. Si ella quisiera, podría saludarlo en clase con todo el alarde. Nos vemos luego, podría decirle, delante de los demás. Eso, sin duda, pondría a Connell en una situación incómoda, que es el tipo de cosa con la que ella parece disfrutar. Pero no lo ha hecho nunca.

¿De qué hablabas hoy con la señorita Neary?, pregunta Marianne.

Ah. De nada. No sé. De los exámenes.

Marianne hace girar la cucharilla dentro del tarro.

¿Le molas, o algo?

Connell mira cómo mueve la cucharilla. Aún se nota las orejas calientes.

¿Por qué dices eso?

Dios, no estarás teniendo un lío con ella, ¿no?

Evidentemente no. ¿Te parece gracioso hacer bromas con eso?

Perdona, dice Marianne.

Tiene una expresión concentrada, como si estuviese mirando a través de los ojos de Connell hasta el fondo mismo de su cabeza.

Tienes razón, no tiene gracia. Lo siento.

Él asiente, echa un breve vistazo por la cocina, hunde la punta del zapato en un surco entre las baldosas.

A veces tengo la sensación de que sí que actúa de una manera un poco rara conmigo, dice. Pero no iría a decírselo a nadie ni nada.

Hasta en clase, creo que flirtea un poco contigo.

¿En serio lo crees?

Marianne asiente. Connell se rasca la nuca. La señorita Neary da economía. Sus presuntos sentimientos hacia ella son motivo de un amplio debate en el instituto. Algunos van diciendo incluso que Connell intentó agregarla en Facebook, cosa que no hizo y no haría jamás. De hecho, él no hace ni dice nada, se limita a quedarse ahí callado mientras ella hace y dice cosas. A veces le pide que se quede después de clase para hablar del rumbo de su vida, y en una ocasión llegó a tocarle el nudo de la corbata del uniforme. Connell no le puede contar a nadie cómo actúa la señorita Neary con él porque pensarían que intenta presumir. En clase se siente demasiado cohibido y molesto como para concentrarse en la lección, se queda allí sentado mirando el libro de texto hasta que los gráficos de barras comienzan a hacerse borrosos.

La gente está siempre dándome la lata con que me mola o algo, dice. Pero en realidad no es así, para nada. A ver, no pensarás que le estoy dando pie cuando ella actúa así, ¿no?

No que yo haya visto.

Connell se frota las palmas de las manos en la camisa del uniforme sin pensar. Están todos tan convencidos de su atracción por la señorita Neary que a veces empieza a dudar de sus propias sensaciones al respecto. ¿Y si, a algún nivel por encima o por debajo de su propia percepción, re-

sulta que sí que la desea? Él ni siquiera sabe realmente qué se supone que se siente cuando deseas a alguien. Todas las veces que se ha acostado con una mujer en la vida real, el asunto le ha parecido tan estresante que ha terminado resultando en buena medida desagradable, lo que le lleva a sospechar que le pasa algo raro, que es incapaz de intimar con mujeres, que sufre algún tipo de problema madurativo. Después se queda ahí tumbado y piensa: Ha sido tan horrible que tengo ganas de vomitar. ¿Será que él es así? ¿Serán esas náuseas que siente cuando la señorita Neary se inclina sobre su mesa su manera de experimentar excitación sexual? ¿Cómo podría averiguarlo?

Puedo ir yo a hablar con el señor Lyons, si quieres, le dice Marianne. Como si no me hubieras contado nada. Diré que lo he notado yo misma y punto.

Dios, no. Ni hablar. No le cuentes nada de esto a nadie, ¿vale?

Vale, de acuerdo.

Connell la mira como para confirmar que lo dice en serio y luego asiente.

No es culpa tuya que se comporte así contigo, prosigue Marianne. Tú no estás haciendo nada malo.

¿Y por qué todo el mundo cree que me gusta, entonces?, pregunta él, con voz queda.

Puede que porque te pones muy rojo siempre que te dice algo. Pero, en fin, tú te pones rojo por todo, es la piel que tienes.

Él suelta una risa breve y apenada.

Gracias, dice.

Bueno, es así.

Sí, soy consciente.

De hecho, te estás poniendo rojo ahora mismo, dice Marianne.

Connell cierra los ojos, empuja la lengua contra el paladar. Oye reír a Marianne.

¿Por qué tienes que ser tan brusca con la gente?

No estoy siendo brusca. A mí no me importa que te pongas rojo, no se lo contaré a nadie.

Que no se lo cuentes a nadie no significa que puedas decir lo que te venga en gana.

Vale, dice ella. Lo siento.

Connell aparta la vista y mira por la ventana del jardín. En realidad, más que un jardín son unos «terrenos» que incluyen una cancha de tenis y una gran estatua de piedra en forma de mujer. Contempla los «terrenos» y acerca la cara al aliento fresco del cristal. Cuando la gente cuenta la historia de Marianne lavando la blusa en los baños, hacen como si fuera solo algo gracioso, pero él cree que la verdadera intención es otra. Marianne no ha estado nunca con nadie del instituto, nadie la ha visto jamás desnuda, nadie sabe si le gustan los chicos o las chicas, no se lo ha dicho nunca a nadie. Esto a la gente le molesta, y Connell cree que por eso van contando la historia, como una forma de contemplar embobados algo que no les está permitido ver.

No quiero discutir contigo, dice Marianne.

No estamos discutiendo.

Ya sé que seguramente me odias, pero eres la única persona que me habla.

Yo no he dicho nunca que te odie.

Esto capta la atención de Marianne, que levanta la cabeza. Confuso, él sigue evitando su mirada, pero por el rabillo del ojo ve que ella lo observa. Cuando habla con ella, siente que existe entre ambos una total privacidad. Podría explicarle cualquier cosa de sí mismo, incluso cosas raras, y ella nunca las iría contando por ahí, lo sabe. Estar a solas con Marianne es como abrir una puerta que permite salir de la vida normal y cerrarla tras de sí. No le tiene miedo, en realidad es una persona bastante tranquila, pero sí teme estar con ella por el comportamiento tan extraño que despierta en él, por las cosas que dice y que normalmente no diría.

Hace varias semanas, mientras esperaba a Lorraine en la entrada, Marianne bajó por las escaleras en albornoz. Era un simple albornoz blanco y liso, atado a la manera normal. Llevaba el pelo mojado, y su piel tenía un aspecto brillante, como si se acabase de echar crema facial. Al ver a Connell, dudó en las escaleras y dijo: No sabía que estabas aquí, perdona. Puede que se la viese aturullada, pero no exageradamente. Y luego volvió arriba a su cuarto. Él se quedó en la entrada, esperando. Sabía que Marianne debía de estar vistiéndose, y que la ropa que llevase cuando volviera a bajar sería la ropa que había escogido ponerse después de encontrárselo allí. Pero Lorraine estuvo lista para marcharse antes de que Marianne reapareciera, de modo que Connell no llegó a ver qué se había puesto. Tampoco es que le fuese la vida en ello. Y desde luego no se lo comentó a nadie del instituto, que la había visto en albornoz, ni que pareció aturullada, no era asunto suyo.

Bueno, a mí me gustas, dice Marianne.

Pasan unos segundos sin que él diga nada, y la intensidad de la intimidad entre ambos se vuelve agudísima, lo oprime con una presión casi física en la cara y el cuerpo. Y en ese momento Lorraine entra en la cocina, anudándose la bufanda alrededor del cuello. Da unos golpecitos en la puerta pese a que ya está abierta.

¿Listos?

Sí, dice Connell.

Gracias por todo, Lorraine, se despide Marianne. Nos vemos la semana que viene.

Connell ya está saliendo de la cocina cuando su madre lo reprende: Podrías decir adiós, ¿no? Él gira la cabeza pero descubre que no es capaz de mirar a Marianne a los ojos, así que le acaba hablando al suelo en lugar de a ella. Claro, adiós, dice. No espera a oír la respuesta.

En el coche, su madre se pone el cinturón de seguridad y hace un gesto de reproche.

Podrías ser un poquito más amable con ella. No es que lo esté teniendo precisamente fácil en el instituto.

Connell mete la llave en el contacto y echa un vistazo por el retrovisor.

Ya soy amable con ella.

En realidad es una persona muy sensible, dice Lorraine.

¿Podemos cambiar de tema?

Lorraine hace una mueca. Él clava los ojos en el parabrisas y finge no darse cuenta.

Tres semanas más tarde

(FEBRERO DE 2011)

Está sentada en el tocador, mirando su cara en el espejo. Le falta definición alrededor de las mejillas y la mandíbula. Es una cara que parece un aparato tecnológico, y los dos ojos son como cursores parpadeando. O recuerda a la luna reflejada en algo, temblorosa y oblicua. Lo expresa todo al mismo tiempo, que es lo mismo que no expresar nada. Ponerse maquillaje para la ocasión sería, decide, incómodo. Sin dejar de mirarse a los ojos, hunde el dedo en un tarrito de bálsamo labial transparente y se lo aplica.

Abajo, cuando va a descolgar el abrigo del perchero, su hermano, Alan, aparece por la puerta del salón.

¿Adónde vas?

Fuera.

¿Dónde es fuera?

Ella mete los brazos por las mangas del abrigo y se coloca bien el cuello. Se está empezando a poner nerviosa y confía en que su silencio transmita insolencia en lugar de inseguridad.

Solo voy a dar un paseo, responde.

Alan se planta delante de la puerta.

Bueno, con amigos ya sé que no has quedado, dice. Porque tú no tienes amigos, ¿verdad?

No, no tengo amigos.

Marianne sonríe, una sonrisa plácida, esperando que el gesto de sumisión aplaque a su hermano y este deje libre la puerta. Pero él dice:

 Por qué haces eso?

 El qué?

Esa sonrisa rara que est s poniendo.

 l imita su cara, retorcida en una sonrisa horrible, enseñando los dientes. A pesar de que est  sonriendo, la fuerza y lo extremo de la imitación hacen que parezca enfadado.

 Est s contenta de no tener amigos?

No.

Todavía sonriendo, Marianne retrocede dos pasitos, luego gira sobre sus talones y va hacia la cocina, donde hay una puerta que da al jardín. Alan la sigue. La agarra del brazo y la aparta de la puerta de un tirón. Marianne nota cómo se le tensa la mandíbula. Los dedos de su hermano le oprimen el brazo a través del abrigo.

Si le vas llorando a mamá por esto..., dice Alan.

No, no, responde Marianne. Solo quiero salir a dar un paseo. Gracias.

Alan la suelta, y ella se escabulle por la puerta trasera. Fuera el aire es muy frío, y los dientes le empiezan a casta etear. Rodea la casa y baja por el camino de entrada hasta la calle. Le palpita la zona del brazo por la que la ha agarrado Alan. Se saca el móvil del bolsillo y escribe un mensaje, pulsando una y otra vez la tecla equivocada, borrando y volviendo a escribir. Por fin lo manda: De camino. Antes de que se lo vuelva a guardar, recibe la respuesta: guay nos vemos ahora.

A finales del trimestre pasado, el equipo de fútbol del instituto llegó a la final de alguna competición, y todo el curso tuvo que saltarse las tres últimas clases para ir al partido. Era la primera vez que Marianne los veía jugar. No le interesaba el deporte, y la clase de educación física le producía